

## Pascua 4 – El Buen Pastor nos llama

Hasta domingo pasado hemos meditado encuentros de Jesús Resucitado con sus discípulos, y es importante recordar que no son historias imaginarias sino testimonios de una experiencia real que debe realizarse también en nosotros. ¿Cómo? Este domingo nos invita a descubrir en nuestra propia vida a Jesús resucitado como nuestro Buen Pastor. Y para ello es útil reflexionar brevemente sobre



la imagen del pastor y las ovejas.

Las ovejas, son seres especialmente vulnerables y dependientes: no saben orientarse, no reconocen lugares, no saben explorar en busca de pastos y de agua, si se extravían no encontrarán el camino solas ni sabrán defenderse de los depredadores. Pero tienen una capacidad de la que otros animales más independientes carecen: saben reconocer la voz de su pastor (el que habitualmente las guía) y la distinguen de las voces de extraños peligrosos.

Por su parte, el pastor tiene con sus ovejas una relación muy especial. Tenemos que imaginar el redil como un espacio cerrado con muros de piedra coronados por espinos y zarzas, donde de noche varios pastores reunían sus rebaños. Las ovejas no tenían marca, ¿cómo separar nuevamente los rebaños por la mañana? Cada pastor conocía sus ovejas, una por una, y las llamaba por su

nombre, de modo que él podía ir adelante y las ovejas lo seguían por sí solas.

Por eso esta imagen de las ovejas y el pastor es tan apta para reflejar nuestra relación con Jesús. Nosotros no sabemos el camino de la vida, pero tenemos una capacidad misteriosa de reconocer la voz única del Buen Pastor, el que conoce el camino de la vida eterna (la “vida en abundancia”, sin límite) y que nos llama de un modo único, por nuestro nombre (lo cual en la Biblia equivale a una toma de posesión). Y nosotros, al escuchar su voz experimentamos esa pertenencia que nos mueve a “escucharlo” y a “seguirlo” (vocabulario del discipulado). Ser ovejas, por lo tanto, no es algo que nos menoscabe: al contrario, expresa nuestra dignidad única de ser conocidos y amados por nuestro nombre, de ser guiados por el Buen Pastor y pone de manifiesto nuestra libertad, ya que nadie, ni siquiera el papa puede imponernos una obediencia ciega, ya que la autoridad suprema reside en nuestro interior.

Pero la imagen del Buen Pastor ha sido muchas veces desvirtuada por una espiritualidad intimista, sentimental y complaciente, que debemos superar para entender cómo aquella desafía nuestra libertad y responsabilidad.



En la 2° lectura, san Pedro se dirige a una comunidad que está sufriendo “por hacer el bien”, es decir, que padece la persecución a causa de su fe y se ve tentada a volver atrás. Por eso, los anima a tener coraje y a no renegar de la fe: antes, les recuerda, “ustedes andaban errantes como ovejas”, es decir, estaban perdidos, y los exhorta a dejarse guiar por Cristo, “el pastor y guardián de sus almas”, ¿cómo? Tomándolo como el modelo: porque Cristo “padeció por nosotros, dejándonos un ejemplo para que sigamos sus huellas”, una referencia directa a su pasión (su ejemplo de confianza, paciencia, mansedumbre) pero también, implícitamente, a toda su vida. Sus huellas marcan lo que debe ser mi propio camino.

Nosotros debemos tomar en serio el cuestionamiento, ya que muchas veces vemos a Jesús como alguien admirable pero no el modelo que debemos seguir. En la 1° lectura, el mismo san

Pedro les dice a los habitantes de Jerusalén: “Dios ha resucitado a aquél a quien ustedes han crucificado”. Son palabras severas, San Pedro no intenta caer simpático a los oyentes o halagarlos, pero no expresan agresividad sino solicitud por la salvación de todos. Por eso, su discurso “les traspasó el corazón”, y los lleva a reaccionar con humildad: “qué debemos hacer”. La respuesta es simple: “conviértanse”.

Esto vale también para nosotros: la imagen de Jesús el Buen Pastor es un llamado a la conversión, que debe suscitar en nosotros la contrición sincera y la pregunta ¿qué debemos hacer? Este domingo es una invitación a desarrollar y afinar nuestra capacidad de reconocer la voz del Buen Pastor, porque de lo contrario estaremos condenados a ser engañados de un modo o de otro por la voz de los “extraños”, los “ladrones”, los “salteadores”, es decir, los criterios mundanos propios de la cultura que nos rodea, (la “civilización perversa”, de la 1° lectura), que permanente nos reclaman y que nos llevan a la ruina.

Para ello debemos recurrir a la Palabra de Dios, a la oración, a los sacramentos, pero también a la guía de los pastores de la Iglesia que ordinariamente, y más allá de sus límites, hacen presente la voz del Buen Pastor en virtud de su gracia de estado (aunque hoy suene mal en el contexto de la actual cultura de la uniformidad). Debemos volver a descubrir la importancia de la obediencia humilde a nuestros pastores. Pero ellos son sólo mediadores, hacen presente pero no sustituyen al Buen Pastor, pueden aconsejar, pero no imponer, y no nos eximen de la responsabilidad de discernir. Porque el criterio último debemos hallarlo en nuestro propio corazón, *en la voz de Aquél único que sabe llamarnos por nuestro nombre.*

P. Gustavo Irrazábal